

por el desgraciado. «Yo prefiero—dijo—dejarle que se retire, mejor que exhibirle ante el mundo.» Una vez desertó un sargento, llevándose el haber de su compañía. En el fondo de esto estaba una mujer, que había embarcado al hombre para realizar este crimen. Había tenido siempre una excelente reputación. El duque lo perdonó. Volvió a ser sargento: fué recomendado para oficial y más adelante fué un excelente oficial de Estado Mayor en el ejército de la Península.

Wellington trataba a sus subordinados con suma cortesía. Poseía en alto grado la calma, la urbanidad y el encanto de modales, que tienen su origen en un elevado nacimiento o que dimanaban de una elevación natural de carácter. En sus órdenes nunca mandaba, solamente recomendaba encarecidamente y pedía. En sus conversaciones con los oficiales les rogaba que no emplearan un lenguaje duro para con los inferiores. «Las expresiones de esta clase—decía—no son necesarias; pueden lastimar, pero jamás convencen.»

Aun en medio de la guerra, sentía la mayor simpatía por sus soldados. Refiere Napier que vió al duque anegado en lágrimas cuando, después del asalto de Badajoz, se le dió el parte de que más de 2,000 hombres habían caído en aquella espantosa noche. Cuando el doctor Hume entró en la habitación del duque, en la mañana del 18 de junio, para dar su parte de los muertos y heridos en la batalla de Waterloo, le halló en cama y durmiendo, sin estar afeitado y sin haberse lavado, conforme se había acostado la noche anterior. Cuando fué despertado el duque, se sentó en el lecho para escuchar la lectura de la lista. Esta era muy larga, y cuando el doctor levantó la vista vió a Wellington con sus manos entrelazadas convulsivamente, y las lágrimas le corrían surcando sus mejillas tostadas por el sol de las batallas.

Escribiendo ese mismo día a su amigo el mariscal Beresford, decíale: «Nuestras pérdidas me tienen aniquilado y estoy insensible a las ventajas que hemos ganado. Le pido a Dios que me salve de tener que librar otras batallas como ésta, porque tengo el corazón destrozado con la pérdida de tantos viejos amigos y compañeros.» A lord Aberdeen le dijo: «La gloria de un triunfo como éste, no es consuelo alguno para mí.» ¡Y no obstante, había ganado una gran batalla, y los aliados estaban en el ardor de la victoria! Cuando recorrió a caballo el campo de batalla, y oyó los clamores y quejas de los heridos, dió salida a sus lacerados sentimientos de hombre con aquellas memorables palabras: «No conozco nada más terrible que una victoria, excepto una derrota.»

Hablando más adelante en la Cámara de los Lores, dijo: «Probablemente soy uno de aquellos hombres que han pasado la

mayor parte de su vida en la guerra, y sobre todo en guerras civiles; y debo decir, que si pudiera evitar a costa de cualquier sacrificio, aunque sólo fuese un mes de guerra civil en el país al que yo estuviere unido, *sacrificaría mi vida* para alcanzarlo.»

El duque era un hombre muy compasivo. Protegió a los españoles contra la crueldad de sus mismos soldados. Protegió de igual modo a sus enemigos. Después de la batalla de Talavera, llegaron a las manos los ingleses con los soldados de Cuesta, por impedir que mataran o mutilasen a los franceses heridos. Chateaubriand ha dicho: «Tenemos demasiado respeto por la gloria para que podamos reprimir nuestra admiración por lord Wellington. Verdaderamente nos sentimos conmovidos hasta las lágrimas, cuando vemos ofrecer a ese hombre grande y venerado, durante nuestra retirada de Portugal, dos guineas por cada prisionero francés que le fuese entregado vivo.»

Toda la vida del duque está llena de rasgos de esta naturaleza. En la India rescató y educó al hijo de Doondiah, que fué hallado entre los heridos. Se interesó en el restablecimiento del general Franceschi, a quien los españoles habían dejado para que pereciera en un calabozo pestilencial. Salvó al joven Mascarchenas y a muchas otras víctimas de la crueldad del Gobierno español. Protegió con empeño a los soldados franceses de la furia de los soldados portugueses, y a cuantos soldados enemigos a quienes la suerte de la guerra hiciera caer en sus manos después de la evacuación de Oporto. «Por las leyes de la guerra—dijo—, tienen derecho a mi protección, la que estoy decidido a otorgarles.» Permitió a los cirujanos franceses que cuidaran de los enfermos del ejército de Soult, y que pasasen de un campo a otro, con un salvoconducto.

Poseía el mismo sentimiento de honor al tratar con el enemigo. Cuando le fué propuesto en la India que terminara la guerra con Doondiah Waugh con el puñal, rechazó con desprecio el ofrecimiento. Y cuando parecía probable un sublevación de las tropas de Soult en España, y le fué pedido al duque que la ayudara, dió asimismo una resuelta negativa. Consideraba indigno de sí mismo, y de la causa de la cual era campeón, obtener por medio de un motín militar aquello que sólo debiera ser premio de la habilidad y del valor.

Cuando se hallaba en Torres Vedras, deseaba inspeccionar las líneas inglesas el príncipe de Essling. Avanzó hasta hallarse bajo los fuegos de una batería inglesa, y las examinó con un anteojo, que hizo descansar sobre una pared baja de un jardín. Los oficiales ingleses le vieron, y aunque habrían podido aniquilar el estado mayor del general en jefe con una descarga general de los cañones, sólo tiraron un cañonazo para hacerle presente el peli-

gro. El disparo se hizo con tal puntería que fué perforada la pared en que descansaba el antejo del general. Massena comprendió la cortés advertencia. Saludó a la batería, montó a caballo y se alejó.

Lo mismo aconteció con Wéllington en Waterloo. Mientras que él duque estaba observando las formaciones francesas, se le aproximó un oficial de artillería y, señalando hacia el sitio donde se encontraba Napoleón con su estado mayor, le observó «que podía alcanzarlos fácilmente, y que no tenía duda alguna que podría voltear algunos de ellos». «No, no — respondió el duque—; los generales que mandan ejércitos en una gran batalla tienen algo más que hacer que el estarse tiroteando mutuamente.»

Después de la caída del imperio, rechazó Wéllington con desprecio la propuesta de deshacerse de Napoleón dándole muerte. «Una acción semejante—dijo—nos deshonoraría ante la posteridad. Se diría de nosotros, que no éramos dignos de ser los vencedores de Napoleón.» A sir Carlos Stewart le escribió: «Blucher quiere matarle; mas yo le he dicho que me opondré, y que insistiré en que se disponga de él por un acuerdo común. He dicho también que, como amigo particular, le aconsejaba que nada hiciese en asunto tan vil; que él y yo habíamos representado papeles demasiado distinguidos en estos negocios para constituirnos en verdugos; y que por mi parte me hallaba resuelto, si los soberanos querían sentenciarle a muerte, a que nombrasen un verdugo, y éste no lo sería yo, por cierto.»

¡Ha sido una extraña correspondencia a su interés por la conservación de la vida de Napoleón, el que este último haya dejado un legado de 10,000 francos al ente miserable que intentó asesinar al duque de Wéllington!

El duque era hombre de verdad y quería que sus subordinados lo fuesen igualmente. En 1809, escribió al general Kellermann: «Cuando los oficiales ingleses dan su palabra de que no intentarán fugarse, podéis estar convencidos de que no faltarán a ella. Os aseguro que no titubearía en arrestar y enviaros inmediatamente a cualquiera que obrara de otra manera.»

El duque era hombre magnánimo. El cohecho no le podía comprar, ni las amenazas conmoverle. Cuando se le ofrecía un puesto inferior a sus méritos y categoría, decía: «Dadme vuestras órdenes y seréis obedecido.» Su obediencia, su rectitud y su fidelidad eran perfectas. Nada pensaba de sí, pero sí de los demás. Carecía en absoluto de envidia. Nunca disminuía la fama de otros para ensalzar la suya. Cuidaba tanto de la reputación de sus oficiales como de la suya propia. Cuando no marchaba

bien alguna cosa—como en Burgos—, cargaba sobre sí toda la responsabilidad de la falta. Sostuvo a Graham, Hill y Crawford, contra las difamaciones de que eran víctimas en Inglaterra. Tenía esa firmeza de convicción y grandeza de alma que podía hacerle despreciar la injusticia y la calumnia. Cuando fué felicitado por la Municipalidad de Madrid, no se atribuyó méritos por sus servicios, sino que manifestó que «las eventualidades de la guerra están en manos de la Providencia.»

Pero el rasgo más grande del carácter de Wéllington fué su inmutable sentimiento del deber. Era el rasgo principal de su carácter—el elemento real y preceptivo que lo subordinaba todo a sí. Fué su deseo constante y resolución fija, hacer siempre fielmente aquello que consideraba que era su deber—, y cumplió porque era su deber. Vivía para una cosa: cumplir con su deber como soldado; cumplirlo con todas sus facultades, cumplirlo a costa de todo peligro, cumplirlo del mejor modo posible, hasta donde se lo permitieran su saber y poder, hasta donde alcanzaran sus medios y de tal manera que se pudiera asegurar el éxito final. Es instructivo ver lo que comunica al carácter la unidad, la sencillez, la fuerza y un principio claramente comprendido y observado tenazmente (1). En sus últimos días—dijo Brialmont que «era el más grande y verdadero de los hombres que habían producido los últimos tiempos. Era el súbdito más sabio y más leal que nunca haya servido y sostenido el trono británico.»

He aquí un ejemplo del modo como ha sido constituida sólidamente una nación. Cuando Rusia se hallaba bajo la planta de Napoleón, cuando su gobierno era un cero y Prusia una mera tributaria del Imperio francés, apareció von Stein para libertar a su patria. En octubre de 1807, concibió Stein la idea de emanciparla dando la libertad al pueblo. La esencia de su plan estaba contenida en estas notables palabras: «Lo que el Estado pierde en grandeza extensiva debe ganarlo en fuerza intensiva.» La verdadera fuerza del reino—decía él—no debe buscársela en la aristocracia, sino en toda la nación. «Para elevar un pueblo es necesario dar libertad, independencia, propiedad a sus clases oprimidas y extender la protección de la ley a todos igualmente. Emancipemos al campesino, porque sólo el trabajo libre sostiene positivamente a una nación. Devolved al hombre del campo la posesión de la tierra que labra, porque solamente el propietario independiente es valiente para defender su hogar. Librar al ciudadano del monopolio y de la tutela de la burocracia, porque la libertad en el taller y en el municipio ha dado al antiguo burgués

(1) Véase *Wellington*, por el reverendo TOMÁS BINNET.

de Alemania la digna posición que disfrutaba. Haced saber a los nobles propietarios de tierras, que el rango legítimo de la aristocracia sólo puede sostenerse por el servicio desinteresado en favor del condado y del Estado, mas que es minado por la exención de pagar contribuciones y otros privilegios inexcusables. En vez de limitarse la burocracia al saber pedante de los libros, y en vez de estimar por encima de todas las cosas la cinta colorada y el sueldo, debiera estudiar al pueblo, vivir con el pueblo y adoptar sus medios a las realidades vivas de la época.»

Tal fué el plan a que se ajustó Stein. La servidumbre quedó abolida dando una indemnización a los nobles. Ante la ley quedaron abolidas las distinciones de clases. Establecióse un sistema municipal. Instruyóse la juventud de Prusia gradualmente y también universalmente en el manejo de las armas. Al mismo tiempo había oído hablar Napoleón de un cierto Stein (1), que se hallaba ocupado en reparar los reveses de Prusia; y en 1808 fué obligado a renunciar su puesto y refugiarse en Austria. Pero sus planes fueron seguidos cuidadosamente por su sucesor, el conde de Hardenberg. Poco tiempo después efectuóse la batalla de Leipzig, donde los ejércitos de Napoleón fueron arrojados hacia Francia. Algunos de los planes de Stein no habían sido realizados, y la representación nacional que propuso fué postergada para algún tiempo. No obstante, la servidumbre había sido abolida y los cimientos de la futura prosperidad de Prusia habían sido puestos. Stein murió en 1831, dejando en pos de sí la reputación de haber sido uno de los caracteres más firmes y de los hombres de Estado más grandes que haya producido Prusia.

Hace próximamente unos tres años, cuando fué descubierto en Berlín el monumento elevado a Stein, que el doctor Gneist, profesor de derecho, recordó las grandes cosas que había llevado a cabo el héroe a favor de Prusia. Dijo que él defendió la religión como la verdadera base de la vida moral; que los placeres sensuales, la ociosidad y el amor al lucro y a las riquezas jamás podrán ser suficientemente impedidos sino por el patriotismo y el amor hacia sus semejantes; y que las formas constitucionales son un asunto de relativa indiferencia en tanto exista la libertad. «El hombre a quien debemos estas lecciones no era un hombre de palabras, sino de hechos, hechos basados sobre un carácter lleno de patriotismo, energía, verdad y fe. Hondamente penetrado del temor de Dios y, a causa de ello, libre de todo temor a los

(1) Cuando Stein estaba para abandonar a Berlín por Breslau, llegó el nuevo ministro francés a la corte prusiana, llevando consigo el decreto siguiente: 1.º El llamado Stein al tratar de excitar disturbios en Alemania, es declarado enemigo de Francia y de la Confederación del Rin. 2.º Los bienes que dicho Stein tuviera, ya sea en Francia o en el territorio de la Confederación del Rin, serán secuestrados. El dicho Stein será aprehendido dondequiera que se le pueda tomar por nuestras tropas o las de nuestros aliados. 16 de diciembre de 1808.—NAPOLEÓN.

hombres, con grandes propósitos y no titubeando nunca cuando trataba de realizarlos hasta en medio de las mayores dificultades, a menudo se contentaba con establecer los principios, dejando su ejecución, así como la prudente selección, los medios y modos a los demás. Lleno de noble indignación contra el miedo y la pusilanimidad, el egoísmo y las falsas apariencias; altivo, brusco e imperioso donde se requerían estas cualidades, luchaba audazmente contra las preocupaciones y costumbres antiguas. Fué un don misericordioso de la Providencia el que este noble Stein, esta preciosa piedra y joya de nuestra unidad, fuese un diamante en bruto, que guardaba en su carácter todo el rigor y vigor que el reformador necesita. Tampoco necesitamos alegrarnos por poseer un monumento que nos recuerde al difunto estadista, pues todas las instituciones de la Alemania moderna llevan el sello de su espíritu. Ni tampoco queremos jactarnos de este monumento como un símbolo de gloria. La idea misma de la gloria le era completamente aborrecible a su alma pura, a todo lo que escribió e hizo. No, como nos lo dice la inscripción en el lenguaje más sencillo, éste no es un monumento de gloria, sino de gratitud; no un monumento de la victoria, sino de agradecimiento.»

Los que ahora vivimos hemos visto crecer a nuestra vista una nación a la vitalidad. Hace unos cuarenta años que aparecía muy oscura la suerte de Italia a sus más ardientes admiradores. Aquella capacidad para el gobierno propio, que por un tiempo fué la gloria de las repúblicas italianas, parecía haberse extinguido. Creíase que el pueblo había perdido sus antiguas cualidades políticas. A la caída de Napoleón, Italia fué dividida entre una pandilla de pequeños absolutistas, que gobernaban al pueblo con un látigo de acero. Solamente en 1848, fué cuando Carlos Alberto, rey de Cerdeña, apareció atrevidamente y sostuvo los principios de un gobierno constitucional. En ese año Europa era el campo de una gran guerra revolucionaria. En las calles de París se levantaron barricadas y Luis Felipe huyó a Inglaterra. En Berlín combatían en las calles las tropas y el pueblo, y la ciudad fué declarada en estado de sitio. Estalló una insurrección polaca que fué sofocada después de una horrorosa carnicería. La ciudad de Praga se sublevó contra los austriacos. Messina fué bombardeada por el rey de Nápoles.

El Papa huyó a Gaeta y se formó una república romana. El pueblo de Milán se alzó contra los austriacos y los arrojó. Siguió Venecia, formándose un gobierno provisional bajo la presidencia de Daniel Manin.

Carlos Alberto acudió en ayuda de los milaneses. Los austriacos con grandes fuerzas le hicieron retroceder hacia Turín, le derrotaron en Novara y volvieron a tomar posesión de las provin-

cias sublevadas. El rey abdicó en favor de su hijo Víctor Manuel. Cuando el joven rey aceptó la corona, señaló con su espada hacia el campamento austriaco y exclamó: «¡Per Dio, l'Italia sarà!» En ese instante parecía una bravata. Sin embargo, se realizó la profecía. El mariscal Radetzky le propuso que aboliera la Carta constitucional otorgada al pueblo por su padre, y que siguiese la política austriaca de represión y obscurecimiento. El joven rey rechazó la proposición y declaró que antes que subcribir tales condiciones, estaba pronto a renunciar no solamente una corona, sino mil. «La casa de Saboya—dijo—conoce el camino del destierro, mas no el de la deshonra.» Radetzky, aunque vencedor, reconoció la magnanimidad del joven rey. «Este hombre—dijo—, es un hombre noble; nos va a dar mucho que hacer.»

El rey era ayudado y sostenido por hábiles hombres de Estado. En los días de pesar que siguieron a Novara, dijo Cavour: «Cada día de existencia es una ganancia.» Cuando tuvo lugar la guerra contra Rusia, pareció una acción atrevida por parte del rey de Cerdeña el haber enviado quince mil hombres del ejército a Crimea. Cuando Cavour fué informado de que la infantería de Cerdeña estaba combatiendo con lodo en las trincheras, exclamó: «No importa; con ese lodo Italia será reconstruida.» Austria miraba indignada el creciente poder del rey y pidió a Cerdeña que se desarmara, so pena de un inmediato rompimiento de hostilidades. Víctor Manuel lanzó una proclama. «Austria—decía—aumenta sus tropas en nuestra frontera, y amenaza invadir nuestro territorio, porque aquí reina la libertad con el orden, porque aquí no es la fuerza sino la concordia y el afecto entre el pueblo y el monarca el que gobierna el Estado: porque los lamentos de Italia encuentran aquí un eco; y Austria se atreve a pedirnos, a nosotros que estamos armados solamente en defensa propia, que depongamos las armas y nos sometamos a su clemencia. Esa petición injuriosa ha recibido la respuesta merecida: la rechazamos con desprecio... ¡Soldados, a las armas!»

El emperador Napoleón tomó parte en favor del rey de Cerdeña, su aliado, y declaró la guerra a Austria. Empezó la guerra y los austriacos fueron rechazados en Montebello, Magenta, Marignano y Solferino. El tratado de Villafranca terminó la campaña, y Lombardía, Toscana, Parma, Módena y Bolonia fueron unidas a la Italia del Norte. Acto seguido tomó Garibaldi la iniciativa e invadió la Sicilia. Ganó batalla tras batalla, y entró solo en Nápoles, como pasajero de primera clase en un tren de ferrocarril del Sud. Jamás había sido conquistado un reino de esa manera. Pero la época era propicia, y el pueblo, estaba en

favor de la unidad de Italia. Venecia y Roma fueron las últimas en entrar en la unidad nacional.

Italia fué fundida en un Estado. Unida, hízose una nación. Ahora es una de las grandes potencias europeas. En pocos años ha salido Italia al escenario con promesa de grandeza futura. Juzgamos este hecho como una de las más grandes conquistas morales del siglo diez y nueve. Las naciones no nacen en un día, pero en esto hay un ejemplo de una nación que se dispone a través de muchas generaciones, de lucha y de vicisitudes, a hacer prevalecer su derecho supremo, para reclamar su privilegio supremo como un pueblo unido.

No olvidemos los horrores de la guerra en nuestros ejemplos de la vida militar y del patriota. Europa está llena de ejércitos permanentes. Las ciencias se han consagrado en los últimos tiempos al invento y fabricación de máquinas para matar hombres; el cañón de acero rayado, el Minié, el Gatling, el fusil Martini, Henry, el torpedo y otros instrumentos de guerra. Cada nación está vigilando a las otras, y a la menor provocación está pronta a batirse para tomar venganza, para obtener supremacía, o para conquistar. Lo mismo en Francia que en Alemania y en Rusia.

La última guerra Europea llevóse a cabo en Oriente. Los rusos cañeron sobre los turcos, y al cabo de muchos combates furiosos fueron empujados los turcos dentro de los muros de Constantinopla. Veamos un campo de batalla luego que han pasado los esplendores del combate, el aparato marcial, la carga, la intensa excitación, los hechos de valor, y la gloria después del triunfo. En mayo de 1879 acompañaba el señor Rose al general Scobelev en una visita al paso de Shipka (1). «Cerca de los pueblos de Shipka—dice el señor Rose—, salió el general Scobelev de su tienda de campaña, y reuniéndosele todo el estado mayor, principiamos a hacer, bajo su dirección, una inspección detallada de sus posiciones. Habíamos andado algunos pasos cuando llegamos a una cruz de madera que se alzaba debajo de la sombra de cuatro hayas frondosas. El general se descubrió en el acto, ejemplo que siguieron todos, y permaneció en silencio durante algunos minutos. Apartándose de allí me dijo el general: «Ese es el sepulcro de un héroe, y en el día de la batalla, yo ordené especialmente que esa cruz fuese puesta sobre su sepulcro, para marcar su último sitio de reposo. Era un niño de quince a diez y seis años, y de una buena familia en Rusia. Durante la guerra, entusiasmado por el ardor militar y por la justicia de la causa por que combatían los ejércitos de la Rusia sagrada, escapóse de

(1) *Senova and Shipka Review* por W. KINNAIRD ROSE. *Gentleman's Magazine*.

la escuela y de su hogar, y llegó hasta el teatro de la guerra. En Plewna le acepté como voluntario, y peleó valerosamente bien en el gran asalto y toma subsiguiente de la fortaleza de Osmán bajá. En Senova mandaba una compañía del regimiento 32, y tuvieron encargo de efectuar el asalto por el reducto del centro. Arrastrado por su entusiasmo y completa indiferencia del peligro, dejó el joven bien pronto atrás a sus soldados, y se libró de la lluvia de balas para ser muerto a bayonetazos, al entrar en el reducto. ¡Su vida fué breve pero heroica!»

Tal es el heroísmo; y ahora el efecto. «Atravesando el río penetramos en el reducto del centro de la pequeña península, y ¡qué espectáculo se nos presentó! Alrededor del portón del reducto se hallaban desparramados botes de metralla deshechos, fragmentos de granadas, jirones de uniformes, como si la batalla hubiera tenido lugar sólo algunos días antes. Más difícilmente estaba preparado yo para el espectáculo de adentro. Algunas centenas de hombres habían sido enterrados allí precipitadamente; pero las lluvias y las nieves habían esparcido la tierra suelta, los perros y los lobos habían hecho lo demás, y por todo el suelo del reducto estaba esparcida una gran mezcla de huesos humanos. Vértebras, canillas y brazos, confundidos en las más extrañas formas con cráneos blanqueados por el sol y la lluvia. «¡Observad cómo gesticulan esas bocas sin vida y sin aliento! ¡Observad cómo ríen y se mofan de todo lo que sois, y no obstante, eran lo mismo que vosotros sois!» Yo he experimentado todos los estremecimientos de un paseo a través de un campo de batalla inmediatamente después del acontecimiento, mientras que aun estaba la tierra enteramente cubierta con otra arquilla—amontonados el jinete y el caballo, el amigo y el contrario—, pero no experimenté ni la mitad del horror que me produjo este espectáculo diez y seis meses después que habían cesado sus tumultos y alarmas. Cuando contemplábamos este osario me dijo el general Scobelev: «¡Y ésta, ésta es la gloria!» «Sí—respondí yo—, después de todo, general,

The drying up a single tear has more
Of honest fame than shedding seas of gore (1).

«Tenéis razón—replicó él—, no soy otra cosa más que un soldado.»

(1) El hecho de secar una lágrima alcanza más honrada fama, que el derramar mares de sangre.

CAPÍTULO IX

HEROÍSMO EN LA BENEFICENCIA

Main de femme, mais main de fer.—
Proverbe français (1).

Chi non soffre, no vince.—Proverbio
italiano (2).

He who tholes overcomes.—Scotch
Proverb (3).

The path of Duty in his world, is the
road to salvation in the next.—JEWISH
SAGE (4).

For none of us liveth to himself and
no man dieth to himself.

SAINT PAUL (5).

En los tiempos antiguos, eran sinónimos virtud y valor. El valor, el antiguo valor romano, entrañaba consideración, valer. Era vigor y fortaleza, eficaces para nobles propósitos. El que mejor sirve a sus semejantes—que los eleva—que les salva—es el más valiente.

Hay asimismo un valor interno, de conciencia, de honradez, de abnegación, de sacrificio de sí mismo, de atreverse a hacer lo que es justo a la faz del menosprecio de la sociedad. Su rasgo característico es la grandeza de ánimo. El sufrimiento y la energía constituyen el alma del valor, el verdadero valor.

El valor cuyo teatro es el campo de batalla no pertenece al orden más elevado. Entre el ruido de las bayonetas y el estruendo del cañón, se sienten excitados los hombres para cometer actos de osadía, y están prontos a dar su vida en favor de su patria. ¡Honor a ellos!

Las mujeres, cuya incumbencia parece ser llevar y conllevar, son tan aptas para el sufrimiento como los hombres. En las historias sangrientas de la guerra, no hay tal vez ninguna que cautive más nuestros corazones, que aquella de la mujer que vistió traje de hombre para seguir a su marido al combate, que

(1) Mano de mujer, pero mano de hierro.—Proverbio francés.

(2) Quien no sufre, no triunfa.—Proverbio italiano.

(3) El que lucha, vence.—Proverbio escocés.

(4) La senda del deber en este mundo es el camino de la salvación en el otro.—De un sabio judío.

(5) Porque ninguno de nosotros vivió para sí, y ningún hombre murió para sí.—SANTO PAUL.